

El maravilloso mundo del teatro infantil

MIGUEL ROJAS

En una época en que la inteligencia ha realizado grandes progresos en la navegación y los medios de comunicación, el teatro infantil conserva, impecablemente, la magia y el encanto de una realidad que llevamos dentro y que percibimos en la escena como si fuera la primera palabra, la primera expresión de un mundo totalmente nuevo, lleno de imágenes y conjuros que la imaginación vuelca como realidad viva que nos transporta al mundo de la poesía eterna de nuestra alma.

Vivimos tiempos plagados de recursos tecno-científicos, en donde las sociedades buscan la fórmula más adecuada para industrializarse y obtener mejores dividendos económicos y mejores niveles de "vida", pero muy a menudo nos olvidamos de la figura humana como centro generador terrestre sin el cual no tendría sentido nuestro paso por el planeta.

En el niño está siempre viva la probabilidad de continuar el mañana, la perspectiva del equilibrio que armonice nuestras aspiraciones materiales, nuestra vida de relación social, nuestra salud espiritual y nuestras fuentes creativas, potencialmente inagotables.

Servir al niño ese mundo donde todo tiene su hábito posible, es recompensarnos todos continuamente. Servir al otro es servirnos a nosotros mismos. De ahí que el teatro infantil provea una fuerza de crecimiento integral, un darle sentido elevado a la existencia desde que comienza la vida en sociedad a temprana edad.

Con unas pocas palabras, unos escasos movimientos y gestos, el niño puede remontarse a los múltiples mundos de siempre, puede crear imágenes sin fronteras ni tiempo en ninguna dimensión. Con un sonido, con una sugerencia, vierte sus primeras vivencias creativamente, espontáneamente, y es al embrujo de su sensibilidad y de su percepción todavía no deformada lo que permite el juego de realidades comunes, ficticias pero reales, tangibles pero con vuelo de espacios sin límite. Todos llevamos ese mundo posible en la flor de nuestro corazón. Fue a medida que crecimos que nos crecieron deformados, mutilados, distorsionados, con cerrojos a la inteligencia, al libre albedrío de nuestra imaginación, de la investigación, de nuestra libertad creativa.

El teatro infantil es un medio cálido para comunicar ideas, para impulsar energías que busquen el mejoramiento individual y colectivo a través de la acción consciente de los valores que ponemos en la práctica escénica, con los acercamientos y distancias que establece.

Este tipo de espectáculo en un país como Costa Rica, tan chato de visión, tan cacareado de mitos, tan lleno de mentiras oficializadas como verdades es una vertiente de diamantes invaluable a primera vista, es el enriquecimiento de una visión de mundo más crítica, más grande, más bella, más llena de poesía, de calor humano, de vitalidad en los futuros hombres que se hacen.

EN TORNO A LA CREACION PARA NIÑOS

MABEL MORVILLO

Hasta hace muy poco tiempo, toda la literatura dirigida a los niños era considerada como una obra menor, producto de autores cuyo talento creativo no alcanzaba el vuelo necesario para escribir para adultos.

Este juicio ha disminuído en extensión y en intensidad, pero aún hoy muchísimas personas, entre ellas muchísimos respetables críticos, siguen pensando que se trata de una verdad irrefutable. Debemos asumir, claro está, que en gran medida esa opinión se sustenta en innumerables obras publicadas, representadas, difundidas, que con el pretexto de ser "obras infantiles" agravan el buen gusto y agreden al niño, lector o espectador, subestimándolo en su capacidad, su sensibilidad, su fantasía, su creatividad.

Pero, por encima de la penosa aparición de esas obras nefastas, por encima aún de la invasión desenfrenada de material de todo tipo, que sólo persigue el objetivo de la alienación y el subdesarrollo cultural, en todo el mundo y especialmente en América Latina, se trabaja afanosamente para contrarrestar esos embates (sostenidos siempre por formidables intereses económicos), y crear un arte que restituya al niño su papel esencial en nuestro camino; que le permita ascender hacia un hombre más libre, enraizado en su propia identidad.

Quien escribe para niños lo hace por elección, por necesidad. Porque como declaraba Syria Poletti en el Simposio de Literatura Femenina, "el niño todavía está a tiempo de ser salvado". Y en verdad, el niño es el futuro y la esperanza.

Por eso mismo, y en contra de algunas opiniones, es realmente difícil crear para los niños.

Dice la escritora brasileña Ana María Machado: "El oficio de escribir para niños es el oficio de construir mundos y submundos con las palabras. Igual que escribir para adultos. Sólo que para niños tiene que haber algo más... un supermundo. El de la esperanza".

Con el niño podemos hablar todos los temas. El amor, la muerte, el sexo, la guerra, todo lo que los adultos rotulamos como "prohibido para niños" es de su interés, ya que es parte de su realidad de cada día. ¿Por qué negárselos entonces? Sólo basta encontrar el sendero de la palabra, de la imagen, de la acción, que nos permita acceder a su sensibilidad de niño.



Esta búsqueda de una expresión ajustada a sus posibilidades reales es tal vez lo más arduo de la tarea.

Con alarmante frecuencia escuchamos a maestros y padres que sostienen que hay cosas que son demasiado difíciles, palabras poco conocidas, imágenes que no se entienden. . . Pero son los mismos maestros y padres que aceptan complacientes los estereotipos más burdos, las imágenes más peligrosas, las estupideces más temibles, solamente porque vienen empaquetadas en una edición de lujo o en un video sabiamente promocionado.

Y es necesario salvar estas distorsiones en este momento de encrucijada para Latinoamérica.

Si damos a nuestros niños las herramientas de la fantasía, de la imaginación, de la creatividad; si le damos medios para crecer en libertad, si le enseñamos el canto de la solidaridad y la justicia, si crecemos con él a través del juego y de la risa, habremos abierto; al fin, las puertas de un futuro un poco más luminoso.

TEATRO PARA NIÑOS, TEATRO CON NIÑOS. . .

En Costa Rica existe una larga tradición de literatura infantil, dentro de la cual se inscribe también el género teatral.

En "Dramatizaciones infantiles" de María del Rosario Ulloa, como en "Luz y bambalinas" de Lilia Ramos y "En lo que paró el baile" de Carlos Luis Sáenz, encontramos un riquísimo acervo de obras de teatro para niños, que datan de principios de este siglo y llegan hasta las últimas décadas.

Sin embargo, la mayoría de estas obras nunca fue representada en nuestros teatros. Nacieron a la luz de una iniciativa pedagógica y cumplieron su cometido dentro del ámbito de las escuelas.

Estas obras recogen temas tradicionales, personajes tomados de la literatura infantil universal o de la historia nacional, escenas del folclor costarricense, sin perder nunca de vista sus objetivos educativos.

Son textos que han deleitado a muchas generaciones y que rescatan el misticismo de los viejos maestros, que suplían las carencias de su tiempo haciendo de la escuela un universo donde también cabían la diversión, la travestura, la magia.

Pero así como la literatura infantil sufrió en Costa Rica un receso de años, causado por la ausencia de estímulos para la producción, el teatro para niños perdió aquel ritmo de creación de los primeros autores.

Nadie ignora las dificultades que toda forma de creación afronta en nuestro medio.

El artista difícilmente dedica al arte un tiempo completo, disperso como está en trabajos de supervivencia. El escritor, al menos, escribe con la esperanza más o menos próxima de la edición. El dramaturgo, en cambio, sabe que nuestros países no cuentan con un público lector de teatro, mucho menos en el caso del teatro para niños. Tampoco las editoriales se interesan en el género, salvo en el caso de dramaturgos consagrados, para los que existe un mercado seguro.

Por otra parte, las posibilidades de llevar a escena obras de autores "no consagrados" son siempre remotas.

Y es ésta la principal causa que frena el desarrollo de una dramaturgia infantil.

A pesar del panorama poco prometedor, los esfuerzos se reproducen. Autores y grupos, siempre con inmensas dificultades económicas (que llegan a aplastar tantas iniciativas), trabajan en proyectos que se acercan cada vez más al ideal latinoamericano del teatro para niños: un teatro de ideas, un teatro serio donde el "divertimiento" no anule lo teatral, donde el niño sea un espectador activo desde su interior; donde la participación no sea una cuestión física de movimiento y grito, sino una participación más perdurable: la que despierta sentimientos, imágenes; la que hace que el niño se lleve consigo todo un bagaje de magia y contenido, para seguir jugando y creando con él. Un teatro para un niño nuevo (nuevo ante nuestra mirada nueva), que lo respete en su integridad de ser humano, de hombre en semilla, que demande de nosotros una nueva concepción del mundo y de la vida.

Costa Rica debe a los viejos maestros el germen de la tradición teatral. Pero también debe a su gente de hoy el denodado esfuerzo y el trabajo, contra todas las trabas, para hacer un teatro honesto, más cercano a nuestros niños, más digno de ellos.

Es el caso de Eugenia Chaverri, de Juan Fernando Cerda, de Rubén Pagura, de Miguel Rojas. Y también de los que, más silenciosamente, trabajan con niños en escuelas y comunidades. Y si, pese a la indiferencia y a la apatía, pese a todas las agonías enunciadas, la tarea continúa es porque comprenden con claridad la magnitud del compromiso, lo urgente y trascendente de dar al niño de hoy toda la luz que necesita para crecer, para nutrir al obrero que mañana construirá la esperanza.